

Hoy aún estamos vivos



EMMANUELLE
PIROTTE

Grijalbo **narrativa**

EMMANUELLE PIROTTE

HOY AÚN ESTAMOS VIVOS

Traducción de
Joan Riambau

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

1

La rebanada de pan untada se quedó suspendida junto a los labios del padre y todos permanecieron inmóviles frente a su café humeante. Un chillido de mujer en la calle. Llan-tos, gritos, el relincho de un caballo. El padre fue a abrir la ventana. La pequeña cocina se quedó helada de inmediato. Llamó a un hombre del exterior e intercambiaron unas pala-bras, ensordecidas por la algarabía de la calle. La madre y los dos hijos, Marcel y Henri, contemplaban a Renée en si-lencio, pero la niña aún le dio dos rápidos bocados al pan con mantequilla, ya que, a pesar de todo, tenía hambre. El padre cerró la ventana. Parecía haber envejecido diez años.

—Ya vuelven —dijo con una voz imperceptible.

La madre se santiguó.

—Tenemos que hacer algo con Renée —prosiguió el pa-dre.

—¡No! —exclamó la madre entre sollozos.

No se atrevía a mirar a la niña. Henri también había apar-tado la vista. Marcel, por el contrario, no dejaba de obser-var a Renée. El padre permanecía allí, de pie, con el cuerpo crispado y sus rasgos afeados por el miedo. Miraba fija-mente a su esposa.

—¿Sabes por qué fusilaron a Baptiste? Por tener bande-

ras inglesas en el sótano. Así que por una judía...

La madre le indicó que callara. Una judía. ¿Acaso podía pronunciarse esa palabra? Nunca había comprendido exactamente en qué consistía ser judío. Era peligroso, y punto. Pronto haría cinco meses desde que Renée llegó a su casa. Debía de tener seis o siete años, no lo sabían con certeza. Era un poco arisca, y orgullosa, con unos ojos negros como los de los gitanos. Unos ojos que te seguían siempre de cerca y te devoraban; con una mirada inteligente, por descontado. Ávidos, siempre al acecho, interesados por todo y que parecían comprenderlo todo... Renée les asustaba un poco. Salvo a Marcel, que salía al campo con ella días enteros. En septiembre celebraron la Liberación y nadie fue a buscarla. Y ahora empezaba de nuevo la pesadilla. No era posible, por Dios... Y, además, en pleno invierno. El padre no sabía qué hacer.

—Los alemanes estarán aquí en media hora. Los Pierson están al corriente y les faltará tiempo para irse de la lengua.

La madre sabía que llevaba razón. En misa, las miradas de odio de Catherine Pierson eran muy elocuentes.

—Bueno... Ven, Renée —gruñó el padre.

La pequeña se puso en pie y se situó obedientemente junto al hombre. La madre notaba cómo le latía el corazón en el pecho. ¿Por qué de repente la perspectiva de tener que separarse de Renée la sobresaltaba hasta ese extremo? En realidad, nunca había tenido la sensación de querer a la criatura. Observó a la niña ponerse el abrigo, con sus manitas aún rechonchas esforzándose por abrochar los botones. El padre la cubrió bruscamente con una boina con borla. La niña estaba tranquila, muy tranquila y, sin embargo, tensa

como un arco, dispuesta a actuar, a reaccionar, a hacer exactamente lo que fuera necesario, como siempre. Eso era algo que exasperaba a la madre... pero no en ese momento. Se puso en pie de repente y desapareció por el pasillo. Se la oyó subir la escalera a la carrera, resoplando.

—Vosotros dos, venid a darle un beso a la pequeña —dijo el padre.

Los muchachos se levantaron de la mesa y se acercaron a ella. Henri, el mayor, apenas rozó la mejilla de la chiquilla. Marcel, que rondaba los once años, la mantuvo un buen rato abrazada contra él. Renée lo apartó finalmente con suavidad. El niño lloraba. Ella le miró, le dio un beso en la mejilla y se volvió para deslizar la mano en la del padre. La madre entró en la cocina con una pequeña maleta en una mano y en la otra un muñeco de trapo muy ajado que le tendió a Renée. Le dio un beso a la niña en la frente. El padre empuñó la maleta, abrió la puerta y condujo a Renée al frío, los gritos, el pánico y el peligro. La puerta se cerró con un chasquido seco. La madre permaneció un buen rato con la mirada extraviada y las manos ligeramente alzadas y abiertas en un gesto suspendido como el de los mendigos. Se volvió hacia sus hijos y murmuró:

—No se ha llevado los guantes.

El padre corría como alma que lleva el diablo y Renée parecía volar a su lado, con la mano estrujada por un puño de acero y las mejillas azotadas por un beso glacial. Alrededor de ellos, sobre la nieve, reinaba el caos. Los ojos de la chiquilla se cruzaron un instante con los de una vieja que se lamentaba en una carreta, entre colchones y barreños, con un bebé llorando en brazos. Más lejos, un hombre y una

mujer tironeaban de un cubrecama acolchado y se insultaban. Una madre gritaba un nombre llorando y dirigía miradas asustadas en derredor; el resto de la familia aguardaba en un carro lista para abandonar el pueblo. A Renée le impresionaron los pares de piernas balanceándose con tristeza en el vacío, extrañamente tranquilas en medio de la agitación reinante. La mayoría de la gente se marchaba a pie, cargando con sus pertenencias, sus hijos y sus mayores a la espalda o en cochecitos.

El padre y Renée llegaron a la plaza y subieron las escaleras de la rectoría. El padre accionó la campanilla. La puerta se abrió casi de inmediato y apareció la alta silueta del cura. Los hizo entrar al salón. En la chimenea ardía un buen fuego que proyectaba sombras movedizas sobre la boiserie que recubría completamente las paredes. Olía a cera. El padre expuso su petición.

—Aquí no estará más segura —dijo el cura.

—Claro que sí —murmuró el padre.

¡En ese momento en cualquier lugar estaría más segura que en su casa! Al aceptar acoger a Renée cinco meses atrás, el padre sabía a lo que se arriesgaban él y su familia. Sin embargo, en aquel momento parecía que la guerra ya llegaba a su fin; hacía meses que no habían visto a los alemanes por la región. Hoy, esos cerdos estaban casi a la puerta de su casa. ¿Quién sabía qué les pasaba por la cabeza? ¿Quién podía asegurar que no serían aún más violentos y crueles que antes, enloquecidos por haber estado a punto de ser derrotados? Tal vez incluso serían más numerosos; unas hordas de verdigrises resurgidos de sus cenizas, como renacidos escupidos por el infierno. Veía a sus dos hi-

jos cubiertos de sangre, con el cuerpo acribillado de balas, como el del hijo del farmacéutico al que encontraron detrás del centro parroquial. El rostro atormentado del padre se retorció entre muecas. Se agitaba sin soltar la mano de Renée.

—De acuerdo, Jacques —dijo el cura.

El padre a punto estuvo de postrarse a sus pies, pero se limitó a dirigirle una sonrisa de demente. El cura se apiadó sinceramente de él, de aquel hombre más bueno que el pan de repente transformado en un cobarde. Se aproximó al padre y apoyó una manaza sobre su hombro. Este le correspondió con un «gracias» ronco, y soltó la maleta y la mano de Renée. Se agachó y tomó a la pequeña por los hombros. La miró y se sintió miserable. La niña no expresaba nada que él pudiera comprender; ni reproches, ni cólera, ni tristeza; tampoco miedo, ni resignación, sino algo fuerte y carente de todo sentimiento claramente identificable. Azorado, abatido por la vergüenza y a la vez tocado por esa especie de gracia que emanaba de ella, el padre la besó en la frente y huyó despavorido.

—¿Te gustan las torrijas? —preguntó el cura.

—Muchísimo —respondió Renée.

Había pronunciado «muchísimo». El cura la observó. La chiquilla estaba radiante por el placer anticipado de saborear la deliciosa rebanada de pan mojada en una mezcla de leche, azúcar y huevos y frita en mantequilla. Condujo a Renée a la cocina y comenzó la preparación. Ella pidió cascar los huevos. La niña estaba tranquila, atenta, como si estuviera de visita en un día agradable en tiempos de paz. El cura empezó a batir la mezcla, pero enseguida se detuvo y

aguzó el oído. Un ruido de motor. Soltó el batidor y se dirigió a la ventana del salón. Un Kübelwagen entró en tromba en la plaza. Alrededor de él se desplegaron los soldados, arma en mano. Un oficial salió del jeep. El cura tuvo tiempo de identificar el doble rayo dorado en el quepis. El signo maldito. Los soldados obligaron a salir a los ocupantes de una casa y los alinearon frente a la fachada, con las manos en la cabeza. El agente de las SS caminaba lentamente frente a los aterrados civiles. El cura se volvió; Renée estaba detrás de él. No había perdido detalle de la escena. El cura tomó la maleta en medio del salón. Renée sintió de nuevo una mano de hombre asir la suya. Salieron de la casa por la puerta de la cocina. Las torrijas eran lo de menos.

Los zapatones del cura dejaban unas huellas anchas y profundas en la nieve que cubría el sendero del huerto. Salieron del jardín y se adentraron en el campo. El cura corría tanto como podía. A Renée le costaba seguirle; sus piernecillas se hundían muy profundamente en la nieve. Se cayó. El cura la ayudó a levantarse y siguieron corriendo. No se veía dónde acababa el camino y dónde empezaban los campos contiguos. Todo era blanco. El cielo cargado de nieve, cubierto desde hacía días, se disolvía en el paisaje. Renée ya no podía más; jadeaba, incapaz de recuperar el aliento. El cura la tomó en brazos. Algo se movió a lo lejos. Un vehículo. El cura saltó a una zanja y abrazó con fuerza a Renée. Aguardaron allí, conteniendo la respiración. El sonido del motor se aproximó. El cura salió de la zanja. Se santiguó y sonrió a Renée. Era un jeep norteamericano; la niña estaba a salvo. Se situó en el camino e hizo señales. El vehículo llegó a toda velocidad, frenó y a punto estuvo de

atropellar al cura en la derrapada. En el coche viajaban dos soldados.

—*You take girl!* —gritó el cura.

Los soldados se miraron, perplejos.

—*Are you crazy?* —replicó el conductor.

—*¡She judía! ¡SS pueblo! She kaput.*

Mientras hablaba, el cura alzó a Renée y la colocó en el asiento trasero del jeep. El soldado que ocupaba el asiento del pasajero echó un vistazo por encima del hombro y se cruzó con la mirada de la niña. El jeep arrancó a toda pastilla. La maleta de Renée se quedó en el camino.

Renée daba tumbos en el asiento trasero del vehículo. Sacó el muñeco de trapo de su bolsillo. El conductor habló con su vecino:

—*Und jetzt, was machen wir?*

Alemán. Sin duda. Reconocía perfectamente la lengua de aquellos con los que nunca debía cruzarse. Solo la había oído dos veces, pero no podría confundir esa lengua con ninguna otra. Escocía como un manojo de ortigas, tenía el color y la textura de un bloque de hielo y, sin embargo... Sin embargo, había una claridad y una luz ocultas detrás de las palabras, algo cálido y familiar a los oídos de Renée, algo confuso que no alcanzaba a explicarse.

De repente tuvo mucho frío. Se agarró al asiento delantero y le castañetearon los dientes. Los soldados disfrazados intercambiaron unas palabras. El jeep había tomado una pista forestal. Renée estaba nerviosa. Por fortuna, los soldados no podían percatarse de ello; aún no. Tenía que calmarse. Necesariamente. De inmediato. Los frenos chirriaron. El jeep se detuvo con un frenazo. El conductor salió

del vehículo, alzó a Renée sin miramientos y la dejó en el sendero que se adentraba en el bosque. Desenfundó su pistola y utilizó la culata para obligar a Renée a avanzar delante de él. El otro soldado cerraba la marcha.

Solo se oía el crujido de sus pasos sobre la nieve helada. Las copas de los altos pinos barrían lentamente el cielo, mecidas por la brisa. Renée seguía caminando, muy erguida. Tenía mucha sed. Sentía el voluminoso cuerpo del alemán detrás de su espalda, la presencia de la pistola que sin duda la apuntaba. ¿Iba realmente a morir en ese bosque, después de haber escapado tantas veces? ¿Qué era, en verdad, morir? Conocía el carácter definitivo de la muerte, sabía cuáles eran los síntomas y, sobre todo, tenía el don de sentir cómo se aproximaba y de lograr escabullirse... Esta vez no había salido bien. Se dijo que había acabado perdiendo la partida en ese juego que debió de empezar mucho tiempo atrás, quizá cuando era solo un bebé. No le importaban los dos tipos a su espalda. Tenía mucha sed. Se detuvo en seco y se agachó. El soldado amartilló la pistola. Renée prosiguió, empero, su gesto: tomó un puñado de nieve y se lo llevó ávidamente a los labios. Mordió la materia granizada que se derretía al descender por su garganta. Estaba buena. Siguió andando.

El alemán que iba el último se quedó atónito ante el gesto de la niña. Ya hacía mucho tiempo que ni siquiera veía a los condenados. Ya fueran adultos, niños o ancianos, daba igual. Eran siluetas sin rostro destinadas a desaparecer. Pero a esa chiquilla la había visto de verdad: había comido nieve. Iba a morir. La criatura lo sabía. Y, sin embargo, comía nieve para saciar su sed. Había observado el gesto se-

guro, rápido, desprovisto del menor titubeo, casi desenvuelto; un gesto fluido, dúctil, animal. Algo se removió dentro de él. En algún lugar entre el pecho y el abdomen. Era como un ínfimo estremecimiento, un impulso a la vez suave y brutal. Algo familiar. Como cuando se encontraba allá, en los bosques, en aquella otra vida.

El soldado que apuntaba a Renée gritó y despertó a una corneja que profirió un espantoso graznido.

—¡Alto!

Renée se detuvo y soltó el muñeco de trapo que sostenía aún en la mano izquierda. Su corazón latía desbocado. ¿Por qué gritaba así, ese? El soldado amartilló de nuevo la pistola, apuntando a la cabeza de la niña. Renée veía su propio aliento inmovilizándose en el aire glacial. Pensó en su muñeco que yacía sobre la nieve, a sus pies, y tuvo ganas de llorar. ¡Pobre Ploc! Pronto sería huérfano y se quedaría solo en el frío.

El alemán no lograba apretar el gatillo. Se había apartado y había salido del camino, a tres o cuatro metros de la niña, apuntando a su sien. El otro soldado, que se había quedado más lejos, podía ver cómo le temblaba el brazo.

—Déjame a mí —dijo, irritado.

Desenfundó su pistola y apuntó a la chiquilla. Esta ya no era nada, solo una silueta sin rostro destinada a desaparecer. Amartilló la pistola.

Renée se preguntó qué aspecto tenía el soldado que iba a matarla; el otro, el que se había quedado atrás, aquel cuyos ojos había entrevisto en el jeep, el de la voz muy grave. Quería verlo. Quería que él la viera. Empezó a volverse sobre sí misma, lentamente, y su mirada se cruzó con la de él.

Sus ojos eran claros y fríos. Y, de repente, centellearon con un brillo extraño y las pupilas se dilataron. El alemán disparó. Renée se sobresaltó. Cerró los ojos un segundo y, al abrirlos de nuevo, el otro soldado yacía sobre la nieve, con una expresión aterrorizada. A Renée le llevó un tiempo comprender que no estaba herida. Miró al hombre abatido y luego de nuevo al otro, que parecía tan sorprendido como ella. Mantenía aún el brazo extendido empuñando el arma, y seguía pegado a Renée, salpicada de sangre del hombre en el suelo.

La detonación aún resonaba en el aire helado. El alemán parecía incapaz de rehuir la mirada de la niña. Finalmente apartó la vista, enfundó la pistola, se volvió y tomó el sendero en sentido contrario. Renée recogió a Ploc y corrió a reunirse con el soldado. Llegaron al coche. El soldado entró y puso en marcha el motor. Renée apenas tuvo tiempo de saltar al asiento del pasajero. El jeep arrancó envuelto en una nube de nieve.

¿Qué hacer ahora? ¿A dónde ir? Con esa chiquilla que se había vuelto para mirarle. ¿A quién se le ocurre volverse ante aquel que se dispone a matarte? Era un gesto de dureza, como solo se ve en las películas. Nadie hacía eso en la vida real, y menos aún una judía. Y antes de eso, ¡se había puesto a comer nieve! La observó. La chiquilla miraba al frente, con el mentón alto y los ojos entornados debido al viento frío. Las salpicaduras de sangre en el rostro se le habían secado y su cabello negro y rizado volaba en todas direcciones. Parecía una jovencísima gorgona. Maldita chiquilla. Y el otro allí, en el bosque, aún debía de tener los ojos abiertos y cara de susto. ¿Franz? No, Hans. Un gilipollas que aún

creía en la victoria, en el Reich milenario, en la nueva edad de oro y en todas esas bobadas. Había matado a Hans en lugar de a la chiquilla. Era incapaz de saber por qué. Su brazo se había desviado ligeramente justo antes de disparar, y Hans había recibido una bala entre los ojos.

Habían salido del campamento base dos días atrás, la mañana del 16 de diciembre. Primero hicieron volar por los aires un puente con algunos norteamericanos encima. Los yanquis no estaban previstos, pero ya que se dirigían allí... Se vio obligado a matar a los vivos y a rematar a los heridos con arma blanca para ahorrar munición, bajo la horrorizada mirada de Hans. Luego, invirtieron rótulos de carretera y se cruzaron con aliados a los que habían enviado a un pueblucho perdido en lugar de a otro pueblo de mala muerte. Era él quien hablaba con los yanquis porque Hans tenía un marcado acento bávaro hablando en inglés y además no tenía la menor idea de quién era Lester Young. Los norteamericanos desconfiaban y les hacían preguntas, porque habían oído hablar de la presencia de infiltrados. Esa acción de sabotaje imaginada por Hitler tenía el pomposo nombre de Operación Greif, y Otto Skorzeny se hallaba al mando. Hitler esperaba tomar los puentes del Mosa y llegar a Amberes para hacerse con el mayor arsenal aliado. Era una operación suicida, por descontado, y solo algunos zopencos como Hans creían lo contrario.

El soldado se sintió súbitamente agotado; tomó un sendero al azar y se adentró en el bosque. Se dijo que iría tan lejos como le permitiera el vehículo. Solo deseaba una cosa: dormir. Luego decidiría qué hacer. El sendero acababa cerca de un riachuelo. El hombre y la niña descendieron del